

CC16 UN CORAZÓN CONVERTIDO EN PIEDRA

Jungkook presionó la tecla para volver a llamar a Hoseok, pero el teléfono pasó directamente al buzón de voz. Lágrimas ardientes le cayeron por las mejillas y arrojó el teléfono al salpicadero.

—Maldita sea, maldita sea...

—Casi estamos ahí —dijo Hyun. Habían salido de la autovía y Jungkook ni siquiera lo había advertido. Pararon frente a la casa de Hoseok, una casa de madera unifamiliar cuya fachada estaba pintada de un alegre color rojo. Jungkook ya había salido del coche y corría por el camino de entrada antes de que Hyun hubiese puesto el freno de mano. Le oyó llamarlo a gritos mientras se precipitaba escaleras arriba y golpeaba frenéticamente la puerta principal.

—¡Hoseok! —gritó —¡Hoseok!

—Jungkook, ya basta —Hyun lo alcanzó en el porche —Los vecinos...

—Al cuerno con los vecinos —Buscó a tientas el llavero del cinturón, encontró la llave correcta y la introdujo en la cerradura. Abrió la puerta de golpe y entró cautelosamente en el vestíbulo, con Hyun detrás de él. Miraron por la primera puerta a la izquierda al interior de la cocina. Todo parecía exactamente como había estado siempre, desde la encimera meticulosamente limpia a los imanes de la nevera. Allí estaba el fregadero donde había besado a Hoseok hacía solo unos pocos días. La luz del sol penetraba a raudales por las ventanas. Llenando la habitación de una pálida luz amarilla. Una luz que era capaz de dejar a Hoseok convertido en cenizas. La habitación del chico era la última al final del pasillo. La puerta estaba entreabierta, aunque Jungkook no vio más que oscuridad a través de la rendija. Sacó su estela del bolsillo y la asió con fuerza. Sabía que no era realmente un arma, pero sentirla en la mano le resultaba tranquilizador. Dentro, la habitación estaba oscura, con cortinas negras corridas sobre las ventanas, la única luz surgiendo del reloj digital de la mesilla de noche. Hyun ya estiraba la mano para pulsar el interruptor cuando algo, algo que siseaba y escupía como un demonio, se abalanzó sobre él desde la oscuridad. Jungkook gritó cuando Hyun lo asió por los hombros y lo empujó violentamente a un lado. El pelirrojo dio un traspié y estuvo a punto de caer; cuando se enderezó, volvió la cabeza y se encontró con un Hyun estupefacto que sujetaba a un gato blanco que maullaba y se revolvió, con el pelo erizado. Parecía una bola de algodón con zarpas —¡Mickey! —exclamó Jungkook. Hyun soltó al gato. Inmediatamente, Mickey salió corriendo por entre sus piernas y desapareció por el pasillo —Gato estúpido —masculló Jungkook.

—No es culpa suya. No gusto a los gatos —Hyun alargó la mano hacia el interruptor de la luz y lo pulsó. Jungkook lanzó un grito ahogado. La habitación estaba totalmente en orden, no había nada fuera de lugar, ni siquiera la alfombra estaba torcida. Incluso la colcha se hallaba pulcramente doblada sobre la cama.

—¿Es un glamour?

—Probablemente no. Probablemente tan solo magia —Hyun se situó en el centro de la habitación, mirando alrededor pensativo. Al moverse para apartar una de las cortinas, Jungkook vio algo que relucía sobre la moqueta a sus pies.

—Hyun, espera —Fue hacia donde él estaba parado y se arrodilló para recoger el objeto. Era el móvil plateado de Hoseok, deformado y con la antena partida. Con el corazón martilleando, abrió la tapa. A pesar de la raja que atravesaba la pantalla, un único mensaje de texto seguía siendo visible: «Ahora los tengo a todos». Jungkook se dejó caer sobre la cama aturdido. Vagamente, notó como Hyun le arrancaba el teléfono de la mano y le oyó inhalar con fuerza mientras leía el mensaje —¿Qué significa eso? ¿«Ahora los tengo a todos»? —preguntó Jungkook. Hyun dejó el teléfono sobre el escritorio y se pasó una mano por la cara.

—Me temo que significa que ahora tiene a Hoseok y será mejor que nos enfrentemos a ello, también a JiEun. Significa que tiene todo lo que necesita para el Ritual de Conversión —Jungkook lo miró con asombro.

—¿Te refieres a que esto no tiene que ver simplemente con atacarme... y atacarte a ti?

—Estoy seguro de que MinHo considera eso un agradable efecto secundario. Pero no es su objetivo principal. Su objetivo principal es invertir las características de la Espada-Alma. Y para eso necesita...

—La sangre de niños subterráneos. Pero JiEun y Hoseok no son niños. Son adolescentes.

—Cuando se creó ese hechizo, el hechizo para convertir la Espada-Alma en un objeto de las tinieblas, la palabra «adolescente» ni siquiera se había inventado. En la sociedad de los cazadores de sombras, eres un adulto cuando cumples los dieciocho. Antes de eso, eres un niño. Para las intenciones de MinHo, JiEun y Hoseok son niños. Tiene ya la sangre de una niña hada y la de un niño brujo. Lo que le faltaba era la de un ser lobo y la de un vampiro —Jungkook sintió como si le hubiesen arrancado el aire de un puñetazo.

—Entonces ¿por qué no hicimos nada? ¿Por qué no pensamos en protegerles de algún modo?

—Hasta el momento MinHo ha hecho lo más conveniente. Ninguna de sus víctimas fue elegida por otra razón que estar allí y disponibles. El brujo fue fácil de encontrar; todo lo que MinHo tenía que hacer era controlarle con el pretexto de que quería que invocara a un demonio. Es bastante sencillo localizar hadas en el parque si sabes dónde mirar. Y La Luna del Cazador es exactamente el lugar al que irías si quisieras encontrar a un hombre lobo. Pero correr este peligro extra y tomarse la molestia de ir contra nosotros cuando nada ha cambiado...

—Jimin —exclamó Jungkook.

—¿Qué quieres decir con Jimin? ¿Qué sucede con él?

—Creo que es de Jimin de quien quiere desquitarse. Jimin debió hacer algo anoche en el barco que cabreó a MinHo lo suficiente como para abandonar cualquier plan que tuviera antes y hacer uno nuevo —Hyun pareció desconcertado.

—¿Qué te hace pensar que el cambio de planes de MinHo tiene que ver con tu hermano?

—Porque —respondió Jungkook con sombría certeza —únicamente Jimin puede cabrear tanto a alguien.

—¡Yoongi! —Jin aporreó la puerta de su hermano —Yoongi, abre la puerta. Sé que estás ahí dentro —La puerta se abrió una rendija. Jin intentó mirar por ella, pero nadie parecía estar al otro lado.

—No quiere hablar contigo —dijo una voz conocida. Jin bajó la mirada y vio unos ojos grises que le miraban desafiantes desde detrás de un par de gafas.

—Hong —exclamó —Vamos, hermano, déjame entrar.

—Yo tampoco quiero hablar contigo —Hong empezó a empujar la puerta para cerrarla, pero Jin, veloz como un chasquido de látigo de Yoongi, metió el pie en la abertura.

—No me obligues a derribarte, Hong.

—Ni te atrevas —Hong empujó con todas sus fuerzas.

—No, pero podría ir a buscar a nuestros padres, y tengo la sensación de que no es lo que Yoongi quiere. ¿Verdad, Yoongi? —preguntó, alzando la voz lo bastante como para que su hermano, dentro de la habitación, lo oyera.

—¡Ah, por el amor de Dios! —exclamó Yoongi furioso —De acuerdo, Hong. Déjale entrar —Hong se hizo a un lado y Jin entró dejando que la puerta quedara sin cerrar a su espalda. Yoongi estaba arrodillado en el alféizar de la ventana situada junto a la cama, con el látigo de oro enroscado alrededor del brazo izquierdo. Llevaba puesto el equipo de caza, los resistentes pantalones negros y la ceñida camiseta con el plateado dibujo de runas casi invisible. Las botas estaban abrochadas hasta las rodillas y los cabellos negros se agitaban bajo la brisa que penetraba por la ventana abierta. Lo miró iracundo, recordándole por un momento a Hugo.

—¿Qué diablos haces? ¿Intentas matarte? —exigió Jin, atravesando furiosamente la habitación en dirección a su hermano. El látigo culebreó violentamente, enroscándosele alrededor de los tobillos. Jin se detuvo en seco, sabiendo que con un único movimiento de muñeca Yoongi podía derribarle y hacerle caer sobre el parquet.

—No te acerques más a mí, Seokjin Lightwood —exclamó Yoongi en su voz más furiosa —No me siento muy caritativo hacia ti en este momento.

—Yoo...

—¿Cómo has podido arremeter contra Jimin de ese modo? ¿Después de todo por lo que ha pasado? Además, hicimos el juramento de protegernos unos a otros.

—No —le recordó Jin —si significa quebrantar la Ley.

—¡La Ley! —soltó Yoongi asqueado —Existe una ley que está por encima de la Clave, Jin. La ley de la familia. Jimin es tu familia.

—¿La ley de la familia? Jamás he oído hablar de eso —replicó Jin, irritado. Sabía que debería estar defendiéndose, pero era difícil no verse distraído por el sempiterno hábito de corregir a los hermanos pequeños cuando se equivocan —¿Quizá acabas de inventarla?

—Yoongi hizo un veloz movimiento de muñeca. Jin sintió que los pies ya no le sostenían y se revolvió para absorber el impacto de la caída con las manos y muñecas. Aterrizó, rodó sobre la espalda y al elevar la mirada vio a Yoongi alzándose amenazador ante él. Hong estaba junto a él.

—¿Qué deberíamos hacer con él, Hong? —preguntó Yoongi —¿Dejarlo aquí atado para que nuestros padres lo encuentren? —Jin ya había tenido suficiente, extrajo a toda velocidad un cuchillo de la funda de la muñeca, se dobló y cortó el látigo que le rodeaba los tobillos. El alambre de electro se rompió con un chasquido y él se incorporó de un salto, al mismo tiempo que Yoongi echaba el brazo hacia atrás, con el hilo metálico siseando a su alrededor. Una risita queda rompió la tensión.

—Ya está bien, ya está bien, ya le has torturado suficiente. Estoy aquí —Los ojos de Yoongi se abrieron de par en par.

—¡Jimin!

—El mismo —Jimin entró en la habitación, cerrando la puerta tras él —No hay necesidad de que peleen... —Hizo una mueca de dolor cuando Hong se arrojó a toda velocidad contra él, aullando su nombre —Con cuidado —pidió. Zafándose con suavidad del chiquillo o—Ahora mismo no estoy en la mejor de las formas.

—Ya me doy cuenta —indicó Yoongi, observándole con inquietud. El rubio tenía las muñecas ensangrentadas, el pelo pegado al cuello y la frente por el sudor, y el rostro y las manos manchados de mugre e icos —¿Te ha hecho daño la Inquisidora?

—No demasiado —Los ojos de Jimin se encontraron con los de Jin a través de la habitación —Solo me ha encerrado en la sala de armas. Jin me ayudó a salir —Yoongi dejó caer el látigo igual que una flor marchita.

—Jin, ¿es cierto?

—Sí —Su hermano se limpió el polvo de las ropas con deliberada ostentación, y no pudo resistirse a añadir —Para que lo sepas.

—Bien, podrías haberme dicho...

—Y tú podrías haber tenido algo de fe en mí...

—Ya basta. No hay tiempo para discusiones —intervino Jimin —Yoongi, ¿qué clase de armas tienes aquí dentro? ¿Y vendas, tienes vendas?

—¿Vendas? —Yoongi dejó el látigo y sacó su estela de un cajón —Puedo curarte con un iratze... —Jimin alzó las muñecas.

—Un iratze servirá para mis magulladuras, pero no ayudará con esto. Son quemaduras de runa —La quemadura tenía un aspecto aún peor bajo la luz brillante de la habitación; las cicatrices circulares estaban negras y agrietadas en algunos lugares, rezumando sangre y un líquido transparente. Bajó las manos a la vez que Yoongi palidecía —Y necesitare algunas armas, también —añadió Jimin —Antes de que...

—Vendas primero. Armas luego —Yoongi dejó el látigo encima del tocador y condujo a Jimin al interior del cuarto de baño con un cesto lleno de pomadas, gasas y vendas. Jin los

observó a través de la puerta entreabierta; Jimin se apoyaba en el lavamanos mientras su hermano adoptivo le pasaba una esponja por las muñecas y se las envolvía en gasa blanca —Bien, ahora quítate la camiseta.

—No sabía yo que querías algo más —Jimin se sacó la cazadora y se pasó la camiseta por la cabeza, haciendo una mueca de dolor. La piel era de un dorado pálido, extendida como una capa sobre una fuerte musculatura. Marcas de tinta negra rodeaban unos brazos delgados. Un mundano podría haber pensado que las cicatrices blancas que salpicaban la piel de Jimin, restos de viejas runas, le convertían en menos que perfecto, pero Jin no lo pensaba. Todos ellos tenían aquellas cicatrices; eran insignias de honor, no defectos —Jin, ¿puedes coger el teléfono? —dijo Jimin viendo que Jin le contemplaba por la puerta entreabierta.

—Está sobre el tocador —Yoongi no alzó los ojos, Jimin y él conversaban en voz baja; Jin no podía oírles, pero sospechó que lo hacían porque intentaban no asustar a Hong. Jin miró.

—No está en el tocador —Yoongi, trazando un iratze en la espalda de Jimin, soltó una irritada palabrota.

—Maldita sea. Me he dejado el teléfono en la cocina. Mierda. No quiero ir a buscarlo por si la Inquisidora anda por ahí.

—Yo lo traeré —se ofreció Hong —A mí no me hace ningún caso. Soy demasiado pequeño.

—Supongo —Yoongi no pareció muy convencido —¿Para qué necesitas el teléfono, Jin?

—Solo lo necesitamos —respondió él con impaciencia —Yoongi...

—Si vas a enviarle un mensaje de texto a Namjoon para decirle «creo k rs guay», te mato.

—¿Quién es Namjoon?

—Un brujo.

—Un brujo sexy, sexy —añadió Yoongi a Hong, haciendo caso omiso de la mirada de auténtica furia de Jin.

—Pero los brujos son malos —protestó Hong, con expresión de perplejidad.

—Exactamente —dijo Yoongi.

—No lo comprendo —respondió Hong —Pero voy a buscar el teléfono. Regreso en seguida

—Salió sigilosamente por la puerta mientras Jimin volvía a ponerse la camiseta y la cazadora, pasaba al dormitorio, donde empezó a buscar armas entre los montones de pertenencias de Yoongi que había desperdigadas por todo el suelo. Yoongi le siguió meneando la cabeza.

—¿Cuál es el plan? ¿Nos vamos todos? La Inquisidora se va a poner como una loca cuando descubra que ya no estás aquí.

—No tanto como se enfurecerá cuando MinHo rechace su plan —Jimin les dio una idea general del plan de la Inquisidora —El único problema es que él jamás lo aceptará.

—¿El... el único problema? —Yoongi estaba tan furioso que casi tartamudeaba, algo que no había hecho desde los seis años —¡No puede hacer eso! ¡No puede canjearse a un psicópata! ¡Eres un miembro de la Clave! ¡Eres nuestro hermano!

—La Inquisidora no piensa así.

—No me importa lo que piense. Es una bruja horrenda y hay que detenerla.

—En cuanto descubra que su plan no tiene la menor posibilidad de éxito, tal vez se le pueda convencer —observó Jimin —Pero no voy a quedarme por aquí para descubrirlo. Me voy.

—No va a ser fácil —indicó Jin —La Inquisidora ha cerrado este lugar más rigurosamente que con un pentagrama. ¿Sabes que hay guardianes abajo? Ha hecho venir a la mitad del Cónclave.

—Debe de tener muy buena opinión de mí —bromeó Jimin, arrojando a un lado un montón de revistas.

—Tal vez no esté equivocada —Yoongi lo miró pensativo —¿En serio has saltado nueve metros por encima de una Configuración Malachi? ¿De verdad, Jin?

—Sí —confirmó este —Nunca he visto nada igual.

—Y yo nunca he visto nada como esto —Jimin alzó una daga de veinticinco centímetros del suelo. Uno de los bóxers rosas de Yoongi estaba ensartado en la afilada punta. Yoongi lo retiró de allí violentamente, poniendo cara de pocos amigos.

—Esa no es la cuestión. ¿Cómo lo has hecho? ¿Lo sabes?

—Salté —Jimin extrajo dos discos de bordes afilados como cuchillas de debajo de la cama. Estaban cubiertos de pelo gris de gato. Soplo sobre ellos, dispersando el pelaje

—Chakhrams. Fabuloso. Es especial si tropiezo con demonios con serios problemas de caspa —Yoongi le golpeó con el bóxer.

—¡No me estás contestando!

—Porque no lo sé, Yoongi —Jimin se incorporó apresuradamente —Quizás la reina seelie tenía razón. Quizá tengo poderes de los que no sé nada porque nunca los he puesto a prueba. Jungkook ciertamente los tiene —Yoongi arrugó la frente.

—¿Los tiene? —Los ojos de Jin se abrieron de par en par de repente.

—Jimin... ¿esa moto vampiro está todavía en el tejado?

—Posiblemente. Pero es de día, así que no sirve de gran cosa.

—Además —indicó Yoongi —no cabemos todos —Jimin se metió los chakhrams en el cinturón, junto con la daga de veinticinco centímetros. Varios cuchillos de ángel pasaron al interior de los bolsillos de la cazadora.

—Eso no importa —repuso —No van a venir conmigo —Yoongi empezó a farfullar indignado.

—¿Qué quieres decir con que no vamos a... —Se interrumpió cuando Hong regresó, sin aliento y aferrando con fuerza su maltrecho teléfono rosa —Hong, eres un héroe —Le cogió

rápidamente el teléfono, lanzando una mirada iracunda a Jimin —Regresaré contigo en un minuto. Entretanto, ¿a quién vamos a llamar? ¿Jungkook?

—Yo lo llamaré... —empezó a decir Jin.

—No —Yoongi lo apartó de un manotazo —Yo le caigo mejor —Marcó el número y le sacó la lengua a su hermano mientras se llevaba el teléfono a la oreja —¿Jungkook? Soy Yoongi. Quer... ¿Qué? —El color de su rostro desapareció como si lo hubiesen borrado, dejándolo con un aspecto ceniciento y atónito —¿Cómo es eso posible? Pero ¿por qué...?

—¿Cómo es posible qué? —Jimin se colocó junto a él en dos zancadas —Yoongi, ¿qué ha sucedido? ¿Está Jungkook...? —Yoongi apartó el teléfono de la oreja, con los nudillos blancos.

—Es MinHo. Se ha llevado a Hoseok y JiEun. Va a usarlos para realizar el Ritual —Con un gesto suave, Jimin alargó la mano y le quitó el teléfono de la mano. Se lo llevó al oído.

—Vengan con el coche al Instituto —dijo —No entren. Espérenme. Me reuniré con ustedes fuera —Cerró el teléfono de golpe y se lo pasó a Jin —Llama a Namjoon —dijo —Dile que se reúna con nosotros en la zona del río, en Brooklyn. Puede elegir el lugar, pero debería ser algún lugar desierto. Vamos a necesitar su ayuda para llegar al barco de MinHo.

—¿Vamos? —Yoongi se animó visiblemente.

—Namjoon, Hyun y yo —aclaró Jimin —Ustedes dos se quedarán aquí y se ocuparán de la Inquisidora por mí. Cuando MinHo no cumpla su parte del trato, son ustedes los que van a tener que convencerla de que envíe todos los refuerzos que tenga el Cónclave tras MinHo.

—No lo entiendo —exclamó Jin —¿Cómo planeas salir de aquí? —Jimin sonrió de oreja a oreja.

—Observen —contestó, y saltó sobre el alféizar de la ventana. Yoongi lanzó un jadeo de horror, pero Jimin ya estaba pasando por la abertura de la ventana. Se mantuvo en equilibrio durante un momento en el alféizar exterior... y luego desapareció. Jin corrió a la ventana y miró fuera horrorizado, pero no había nada que ver: solo el jardín del Instituto allá abajo, marrón y vacío, y el sendero estrecho que conducía hasta la puerta principal. No había peatones que gritaran en la calle, ni coches parados en la acera ante la visión de un cuerpo que caía. Era como si Jimin se hubiese desvanecido sin dejar rastro.

El sonido de agua le despertó. Era un sonido repetitivo, sordo; agua que chapoteaba contra algo sólido, una y otra vez, como si estuviese tumbado en el fondo de una piscina que se vaciara y volviera a llenar rápidamente. Tenía un sabor metálico en la boca, y era consciente de un dolor persistente en la mano izquierda. Con un gemido, Hoseok abrió los ojos. Yacía sobre un duro y abollado suelo de metal verde. Había una única ventana redonda y alta en una pared, que permitía el paso solo de un poco de luz solar, pero que era suficiente. Había estado tumbado con la mano expuesta a aquel rayo de luz y tenía los dedos enrojecidos y llenos de ampollas. Con otro gemido, rodó fuera de la luz y se sentó en

el suelo. Y vio que no estaba solo en la habitación. Aunque las sombras eran espesas, podía ver perfectamente en la oscuridad. Frente a él, con las manos atadas y encadenadas a una enorme tubería, estaba JiEun. Tenía las ropas desgarradas y un moretón enorme en la mejilla izquierda. Vio los claros del cuero cabelludo donde le habían arrancado trenzas en un lado, los cabellos enmarañados y apelmazados con sangre. En cuanto él se sentó, ella le miró fijamente y se echó a llorar.

—Pensaba —hipó entre sollozos —que estabas... muerto.

—Es que estoy muerto —replicó Hoseok. El muchacho se miró fijamente la mano. Mientras la observaba, las ampollas fueron desapareciendo a la vez que el dolor menguaba y la piel recuperaba su palidez normal.

—Lo sé, pero quiero decir... realmente muerto —Hoseok intentó ir hacia ella, pero algo le detuvo en seco. Tenía una argolla de metal alrededor del tobillo, sujeta a una gruesa cadena clavada en el suelo. MinHo no corría riesgos —No llores —dijo, e inmediatamente lo lamentó, pues no era como si la situación no justificase las lágrimas —Estoy perfectamente.

—Por ahora —repuso JiEun, restregándose el rostro contra la manga —Ese hombre... el del cabello blanco... ¿se llama MinHo, verdad?

—¿Le viste? —preguntó Hoseok —Yo no vi nada. Solo la puerta de mi habitación hacerse añicos y luego una forma enorme que venía hacia mí.

—Es el auténtico MinHo, ¿verdad? Ese del que todo el mundo habla. El que inició el Levantamiento.

—Es el padre de Jimin y Jungkook —respondió Hoseok —Es todo lo que sé sobre él.

—Ya me pareció que la voz resultaba conocida. Suena igual que Jimin —Pareció momentáneamente compungida —No me extraña que Jimin sea tan imbécil —Hoseok no podía más que darle la razón —Así que tú no... —JiEun se quedó sin voz. La muchacha volvió a intentarlo —Mira, sé que esto suena raro, pero cuando MinHo fue por ti, ¿viste a alguien que reconocieses con él, alguien que esté muerto? ¿Cómo un fantasma? —Hoseok negó con la cabeza, perplejo.

—No. ¿Por qué? —Ella vaciló.

—Yo vi a mi hermano. Al fantasma de mi hermano. Creo que MinHo me hizo alucinar.

—Bueno, no intentó nada de eso conmigo. Yo estaba hablando por teléfono con Jungkook. Recuerdo haberlo dejado caer cuando la cosa esa cayó sobre mí... —Hoseok se encogió de hombros —Eso es todo.

—¿Con Jungkook? —JiEun pareció casi esperanzada —Entonces a lo mejor deducirán dónde estamos. A lo mejor vendrán a buscarnos.

—Tal vez —dijo Hoseok —¿Dónde estamos, de todos modos?

—En un barco. Yo seguía consciente cuando me subieron a él. Es un enorme trasto de metal negro. No hay luces y hay... cosas por todas partes. Una de ellas saltó sobre mí y yo empecé a gritar. Fue entonces cuando él me agarró la cabeza y me la golpeó contra la pared. Perdí el conocimiento.

—¿Cosas? ¿Qué quieres decir con cosas?

—Demonios —respondió ella, y se estremeció —Tiene a toda clase de demonios aquí. Grandes, pequeños y de los que vuelan. Hacen cualquier cosa que les diga.

—Pero MinHo es un cazador de sombras. Y por lo que he oído, odia a los demonios.

—Bueno, pues ellos no parecen saberlo —replicó JiEun —Lo que no entiendo es lo que quiere de nosotros. Sé que odia a los subterráneos, pero esto parece mucho esfuerzo simplemente para matar a dos de ellos —Había empezado a tiritar y los dientes le castañeteaban —Tiene que querer algo de los cazadores de sombras. O de Hyun —«Ya sé lo que quiere», pensó Hoseok, pero de nada servía contárselo a JiEun; la muchacha ya estaba bastante alterada. Se quitó la chaqueta.

—Toma —dijo, y se la lanzó con fuerza para que ella la cogiera. Retorciéndose en las esposas, la joven consiguió colocársela torpemente sobre los hombros. Le dedicó a Hoseok una sonrisa pálida y agradecida.

—Gracias. Pero, ¿no tienes frío? —Hoseok negó con la cabeza. La quemadura de la mano había desaparecido por completo.

—No noto el frío. Ya no —Ella abrió la boca, luego volvió a cerrarla. Se libraba una pelea tras sus ojos.

—Lo siento. Siento el modo en que me porté ayer contigo —Hizo una pausa, casi conteniendo la respiración —Los vampiros me aterran —susurró finalmente —Al principio de llegar a la ciudad solía ir con una manada: Ravi y otros dos chicos, Steve y Greg. Un día estábamos en el aparcamiento y nos tropezamos con unos vampiros chupando unas bolsas de sangre bajo un puente; hubo una pelea y casi lo único que recuerdo es a uno de los vampiros levantando a Gregg, solo lo levantó, y lo partió en dos... —Su voz se elevó, y temblorosa, se llevó una mano a la boca —Por la mitad —musitó —Las tripas se le cayeron. Y entonces ellos empezaron a devorarlas —Hoseok sintió que le invadía una sorda punzada de náuseas. Casi le alegró de que el relato le produjera ganas de vomitar, en lugar de hambre.

—Yo nunca lo haría —aseguró —Me caen bien los hombres lobo. Me cae bien Hyun...

—Lo sé —repuso la muchacha —Es solo que cuando te conocí parecías tan humano. Me recordaste a como era yo antes.

—JiEun —dijo él —Sigues siendo humana.

—No, no lo soy.

—En los aspectos que importan, lo eres. Justo igual que yo —Ella intentó sonreír. Él se dio cuenta de que no le creía, y no pudo culparla por ello. No estaba seguro ni de creérselo él mismo.

El cielo había adquirido un tono plomizo cargado de espesas nubes. Bajo la luz gris, el Instituto se alzaba imponente, enorme como la ladera enlosada de una montaña. El tejado de pizarra brillaba igual que plata sin bruñir. A Jungkook le pareció haber captado el movimiento de figuras encapuchadas en la puerta principal, pero no estaba seguro. Era difícil distinguir nada con claridad estando aparcados a una manzana de distancia y teniendo que mirar a través de las ventanillas manchadas de la furgoneta de Hyun.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó, por cuarta o quinta vez.

—Cinco minutos más que la última vez que me has preguntado —respondió Hyun. Este se hallaba recostado en el asiento, con la cabeza echada hacia atrás y con aspecto de estar totalmente agotado. La barba de tres días que le cubría mandíbula y mejillas era canosa, y los ojos estaban enmarcados por unas sombras negras. Todas las noches pasadas en el hospital, el ataque del demonio y ahora eso, se dijo Jungkook, repentinamente preocupado. Podía comprender por lo que Hyun y su madre se habían ocultado de aquella vida durante tanto tiempo. Deseó poder ocultarse también él —¿Quieres entrar?

—No. Jimin dijo que esperásemos fuera —El pelirrojo volvió a mirar por la ventanilla. Ahora sí que estaba seguro de que había figuras en la entrada. Cuando una de ellas se volvió, le pareció distinguir un destello de cabellos canosos...

—Mira —Hyun se había sentado muy tieso y bajaba la ventanilla apresuradamente. Jungkook miró. Nada parecía haber cambiado.

—¿Te refieres a la gente de la entrada?

—No. Los guardianes estaban allí antes. Mira al tejado —Señaló con un dedo. Jungkook apretó el rostro contra la ventanilla de la furgoneta. El tejado de pizarra de la catedral era una profusión de torrecillas y chapiteles góticos, ángeles esculpidos y troneras en forma de arco. Estaba a punto de replicar de mal humor que lo único que veía eran unas gárgolas en estado de desintegración cuando un destello de movimiento atrajo su mirada. Había alguien en el tejado. Una figura delgada y oscura que se movía velozmente por entre las torrecillas, corriendo como una flecha de un saliente a otro, y se dejaba caer plano al suelo de vez en cuando, para descender lentamente por la increíble pendiente del tejado; alguien de cabellos claros que centelleaban en la luz plomiza igual que latón... Jimin. Jungkook estaba ya fuera de la furgoneta antes de darse cuenta siquiera de lo que hacía, corriendo calle abajo en dirección a la iglesia, mientras Hyun lo llamaba a gritos. El enorme edificio parecía oscilar en lo alto, con una altura de centenares de metros, convertido en un precipicio vertical de piedra. Jimin ya estaba en el borde del tejado, mirando abajo, y Jungkook pensó: «No puede ser; él no lo haría, no haría esto, no Jimin», y entonces el rubio dio un paso al vacío con la misma tranquilidad que si descendiera de un porche. Jungkook lanzó un sonoro jadeo mientras Jimin caía a plomo... Y aterrizaba suavemente justo frente a él, con las rodillas ligeramente dobladas. Jungkook le miró boquiabierto mientras Jimin se enderezaba y le sonreía burlón.

—Si hiciera un chiste sobre dejarme caer por aquí —dijo —¿pensarías que soy muy poco original?

—¿Cómo... cómo has... cómo has hecho eso? —musitó Jungkook, sintiéndose como si estuviese a punto de vomitar. Podía ver a Hyun fuera de la furgoneta, de pie con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y mirando fijamente más allá de ellos. Giró en redondo y

vio que los dos guardias de la puerta principal corrían hacia ellos. Uno era SeoJoon; el otro era la mujer de pelo canoso.

—Mierda —Jimin lo agarró de la mano y tiró de él. Corriendo en dirección a la furgoneta y se metieron dentro con Hyun, que aceleró y salió a toda velocidad mientras la portezuela del pasajero seguía aún abierta. Jimin pasó la mano por delante de Jungkook y la cerró de un tirón. La furgoneta esquivó a los dos cazadores de sombras. Jungkook vio que SeoJoon tenía lo que parecía un cuchillo arrojadizo en la mano. El hombre apuntaba a uno de los neumáticos. Jungkook oyó a Jimin soltar una palabrota mientras hurgaba en su cazadora en busca de un arma. SeoJoon echó el brazo atrás, el cuchillo centelleando, y entonces la mujer de cabellos canosos se le lanzó a la espalda, agarrándole el brazo. Mientras él luchaba por sacársela de encima, Jungkook se dio la vuelta en su asiento, jadeando, y a continuación la furgoneta dobló una esquina a toda velocidad y se perdió entre el tráfico de la avenida York, con el Instituto perdiéndose a lo lejos detrás de ellos.

JiEun había vuelto a sumirse en un sueño irregular apoyada en la tubería de vapor, con la chaqueta de Hoseok echada alrededor de los hombros. Hoseok observó como la luz del ojo de buey se movía por la habitación e intentó en vano calcular las horas. Por lo general usaba el móvil para saber la hora, pero no lo tenía; se había registrado los bolsillos en vano. Debía de habersele caído cuando MinHo irrumpió en el dormitorio. Sin embargo tenía preocupaciones mayores. Sentía la boca reseca y acartonada, la garganta le dolía. Estaba sediento hasta tal punto que era como si toda la sed y el hambre que había sentido jamás se hubieran juntado para crear una especie de sofisticada tortura. Y no hacía más que empeorar. Sangre era lo que necesitaba. Pensó en la sangre de la nevera que tenía junto a la cama de casa, y las venas le ardieron como abrasadores alambres de plata discurriendo justo bajo la piel.

—¿Hoseok? —Era JiEun, alzando la cabeza aturdida. Tenía marcas blancas en la mejilla, allí donde la había tenido presionada contra la tubería irregular. Mientras él la observaba, el blanco se convirtió en rosa a medida que la sangre le regresaba al rostro. Sangre. Se pasó la lengua reseca por los labios.

—¿Sí?

—¿Cuánto rato he dormido?

—Tres horas. Puede que cuatro. Probablemente ya es por la tarde.

—Ah. Gracias por montar guardia —No lo había hecho, y se sintió vagamente avergonzado.

—Por supuesto ¡No pasa nada! —dijo de todos modos.

—Hoseok...

—¿Sí?

—Espero que me entiendas si te digo que lamento que estés aquí, pero que me alegra tenerte conmigo —Hoseok sintió como una sonrisa hendía su rostro. El labio reseco inferior se le abrió, y notó el sabor de la sangre en la boca. El estómago profirió un quejido —Gracias —Ella se inclinó hacia él y la chaqueta resbaló de sus hombros. Los ojos de la joven eran de un gris ambarino claro que cambiaba cuando se movía —¿Puedes llegar hasta mí? —preguntó ella, extendiendo las manos. Hoseok alargó el brazo hacia ella. La cadena que le sujetaba el tobillo tintineó mientras estiraba la mano tanto como podía. JiEun sonrió cuando las yemas de los dedos de ambos se rozaron...

—¡Qué conmovedor! —Hoseok echó la mano hacia atrás violentamente, sobresaltado. La voz que había surgido de las sombras era fría, culta y vagamente extranjera en un modo que no podía identificar exactamente. JiEun dejó caer las manos y se volvió; el color le desapareció del rostro mientras alzaba los ojos hacia el hombre de la puerta, que había entrado tan silenciosamente que ninguno de ellos le había oído —Los hijos de la Luna y de la Noche congeniando al fin.

—MinHo —musitó JiEun. Hoseok no dijo nada. No podía dejar de mirarlo de hito en hito. Así que ese era el padre de Jungkook y Jimin. Con su mata de pelo blanco canoso y los ardientes ojos negros, no se parecía demasiado a ninguno de ellos, aunque había algo de Jungkook en la angulosa estructura ósea y la forma de los ojos, y algo de Jimin en la perezosa insolencia con la que se movía. Era un hombretón, de hombros anchos y con un cuerpo fornido que no se parecía tampoco al de ninguno de sus hijos. Entró en la habitación de metal verde sin hacer ruido, como un gato, a pesar de ir cargado con lo que parecía armamento suficiente para equipar a un regimiento. Unas gruesas correas de cuero negro con hebillas plateadas le cruzaban el pecho y sostenían una espada de plata de ancha empuñadura atravesada sobre la espalda. Otra correa gruesa le rodeaba la cintura; metida en ella había una colección de cuchillos, dagas y estrechas cuchillas refulgentes como agujas enormes —Levanta —ordenó a Hoseok —Mantén la espalda contra la pared —Hoseok alzó la barbilla. Podía ver a JiEun observándole, lívida y asustada, y sintió un momento de feroz impulso protector. Impediría que MinHo la lastimara aunque fuese lo último que hiciese.

—Así que tú eres el padre de Jungkook —dijo —No es mi intención ofender, pero diría que puedo ver por qué te odia —El rostro de MinHo estaba impassible, casi inmóvil.

—¿Y por qué? —preguntó sin apenas mover los labios.

—Porque está claro que eres un psicótico —respondió Hoseok. Entonces, MinHo sonrió. Fue una sonrisa que no le movió ninguna parte del rostro a excepción de los labios, que se torcieron muy levemente. Alzó el puño apretado y Hoseok pensó que MinHo iba a asestarle un puñetazo. Se encogió instintivamente, pero el hombre no le golpeó. En su lugar, abrió los dedos, dejando ver un reluciente montón de lo que parecía purpurina en el centro de la amplia palma. Se volvió hacia JiEun, inclinó la cabeza y sopló el polvo sobre ella en una grotesca parodia de un beso. El polvillo cayó sobre la muchacha como un enjambre de abejas refulgentes. JiEun chilló. Jadeando y dando violentas sacudidas, se revolvió de un lado a otro intentando evitar el polvo, y su voz se elevó en un grito sollozante —¿Qué le has hecho? —gritó Hoseok, incorporándose de un salto. Se abalanzó sobre MinHo, pero la cadena de la pierna tiró violentamente de él hacia atrás —¿Qué le has hecho? —La fina sonrisa de MinHo se ensanchó.

—Polvo de plata —contestó —Quema a los licántropos —JiEun había dejado de retorcerse y estaba enroscada en una posición fetal en el suelo, llorando en silencio. Manaba sangre de las desangradas marcas rojas que se le veían a lo largo de los brazos y de las manos. A Hoseok el estómago se le revolvió otra vez y se dejó caer contra la pared, asqueado de sí mismo y de todo.

—Cabrón —exclamó mientras MinHo se sacudía despreocupadamente los últimos restos de polvo de los dedos —Solo es una niña, no iba a hacerte ningún daño; está encadenada, por el... —Se atragantó, sintiendo que le ardía la garganta. MinHo lanzó una carcajada.

—¿Por el amor de Dios? —inquirió —¿Es eso lo que ibas a decir? —Hoseok no dijo nada. MinHo alargó la mano por encima del hombro y extrajo la pesada Espada de plata de su vaina. La luz discurrió por la hoja como agua resbalando por una pared de plata, como la misma luz del sol refractada. A Hoseok le escocieron los ojos y volvió la cabeza —La Espada del Ángel te quema, igual que el nombre de Dios te asfixia —explicó MinHo con la voz fría y cortante como cristal —Dicen que los que mueren atravesados por su punta alcanzarán las puertas del cielo. En cuyo caso, vampiro, te estoy haciendo un favor —Bajó la hoja hasta que la punta tocó a Hoseok en la garganta. Los ojos de MinHo eran del color del agua negra y no había nada en ellos: ni ira, ni compasión, ni siquiera odio. Estaban vacíos como una sepultura saqueada —¿Unas últimas palabras? —Hoseok sabía lo que se suponía que debía de decir. Sh'ma Yisrael, adonai elohanu, adonai echod. «Escucha, Israel, El Señor nuestro Dios, es el único Señor» Intentó pronunciar las palabras, pero un dolor abrasador le quemó la garganta.

—Jungkook —musitó en su lugar. Una expresión de enojo cruzó por el rostro de MinHo, como si el sonido del nombre de su hijo en boca de un vampiro le disgustara. Con un brusco movimiento de muñeca, colocó la Espada horizontal y con un único y grácil gesto le cortó la garganta a Hoseok.